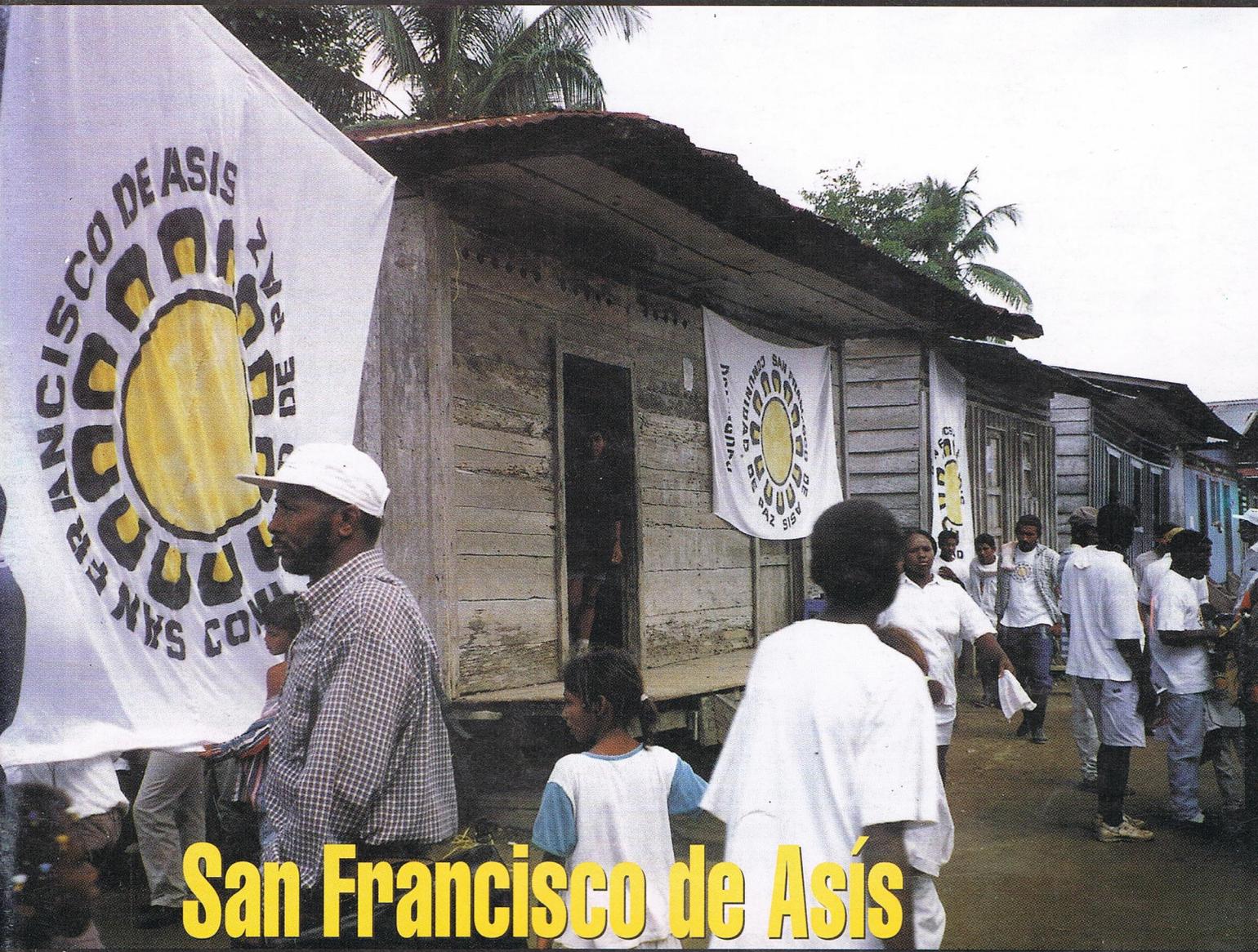


vistos por cinep

cién días



Centro de investigación y educación popular CINEP



San Francisco de Asís

DOS AÑOS POR LA PAZ



VOLUMEN 10 • No. 45 • JULIO - NOVIEMBRE de 1999 • ISSN: 0121 - 3385 • LIC. 781/88 • MINGOBIERNO • TARIFA POSTAL REDUCIDA No. 493 DE ADPOSTAL • P.V.P. \$2.000

¿El exterior también cuenta? Reflexiones de un académico norteamericano

CHARLES BERGQUIST*



Hace unos meses —antes de las muertes de los profesores Darío Betancourt y Jesús Bejarano, que tanto han conmovido al mundo académico en Colombia y el exterior— organizamos un ciclo de conferencias en la Universidad de Washington, en Seattle, sobre la situación actual de Colombia. Entre los tópicos tratados, se hizo un análisis de la situación, puntualizando la complejidad de las fuerzas políticas en juego, las influencias mutuas entre ellas y lo difícil que va a ser una eventual salida negociada de la crisis. Pero tal vez lo más interesante del encuentro fue la descarnada discusión sobre la izquierda colombiana, propuesta por colombianos que tuvieron una larga trayectoria de militancia en ella, y que han realizado estudios académicos sobre la misma.

Así, a manera de ejemplo, se enfatizó en el error histórico del Partido Comunista en perseguir, particularmente a partir de los años ochenta, dos estrategias para llegar al poder: la de apoyar la vía armada, que venía desarrollando la guerrilla desde los años sesenta; y, simultánea y contradictoriamente, la de promover un partido político legal, la Unión Patriótica, que se proponía llegar al poder por la vía pacífica y electoral. Esta estrategia dual, se afirmaba, expuso a la UP, y a todas las fuerzas (pacíficas) democráticas, en particular al sindicalismo, a la furia del paramilitarismo, apoyado por latifundistas, narcotraficantes y elementos del Estado mismo. El resultado fue la eliminación, prácticamente, de buena parte de la organización y el liderazgo democráticos en la sociedad civil, hoy en día tan necesarios para una salida pacífica a la encrucijada violenta en que se halla el país.

Todo este análisis fue *noticia* para la mayoría de los oyentes. Ellos, como la gran mayoría de norteamericanos, saben muy poco sobre Colombia y su historia. Y para el pequeño número de estudiantes entre los oyentes que sí sabían algo de este país —muchos de ellos simpatizantes de la izquierda colombiana o defensores de los derechos humanos— la crítica cayó como un balde de agua fría. Históricamente, ambos grupos, tanto en los Estados Unidos como en Europa, han visto las violaciones de derechos humanos en Colombia (y en otras partes del mundo) como asunto de los gobiernos y sus aliados paramilitares de derecha. Tradicionalmente, no han querido ver con igual criterio la culpabilidad de la guerrilla en estas violaciones. Y esto a pesar de que hace tiempo la guerrilla se sostiene en gran parte gracias a una violación fundamental de los derechos humanos de sus víctimas: el secuestro. Consecuentemente, a mi modo de ver, la conferencia y la discusión resultante fueron fructíferos y saludables: se complejizó la visión de muchos de los oyentes, que antes veían la situación de Colombia en términos superficiales, ahistóricos y simplistas.

Relato este episodio en algún detalle porque para mí ilustra una tarea que todo académico que se interesa en el estudio de la situación de Colombia, y sobre todo los extranjeros entre ellos, debemos encarar mejor. Tenemos que redoblar los esfuerzos por informar a nuestros conciudadanos sobre la realidad, la compleja realidad, de la crisis que vive Colombia. Además de eso, para mí la conferencia impartió una segunda enseñanza, que vale la pena destacar. Al final, varios oyentes preguntaron sobre lo que podrían hacer, desde los

Creo que como extranjeros debemos concentrar nuestros esfuerzos en las políticas que desde nuestros propios países afectan la situación colombiana.



A corto plazo, creo, tenemos que abogar por orientar la política antidroga norteamericana interna hacia la educación y la rehabilitación, y la externa hacia la sustitución de cultivos, que bien entendida conduciría a una reforma agraria fundamental en países como Colombia.

Estados Unidos, para ayudar a resolver democráticamente la crisis en Colombia. Y aquí descubrimos que, preocupados por la dinámica interna, ninguno de los participantes había formulado sistemáticamente una respuesta eficaz. Y tengo que confesar que, en parte por esa misma razón, tampoco estaba yo preparado para responder adecuadamente. A partir de esta experiencia llegué a la conclusión de que todos los que estudiamos el país, y sobre todo los *colombianistas* en los Estados Unidos, debemos desarrollar una posición mucho más clara y sistemática ante el interrogante planteado en la conferencia. Y en los meses siguientes he tratado de avanzar sobre el particular. He aquí los elementos más importantes que creo deben ser incluidos en dicha posición.

En primer lugar, y como guía general, creo que como extranjeros debemos concentrar nuestros esfuerzos en las políticas que desde nuestros propios países afectan la situación colombiana. Esto quiere decir, en mi caso, que debemos confrontar la cuestión de la demanda interna de drogas, y las estrategias de represión y criminalización para contener esa demanda adoptadas por el gobierno norteamericano. Esta política ha llenado el creciente número de cárceles de mi país con jóvenes, particularmente jóvenes negros. En el exterior, como bien lo saben los colombianos, ha conducido a la represión policial y militar de traficantes y el esfuerzo de erradicar los cultivos. En nada ha servido esta costosa política para reducir el monto del tráfico y el consumo de drogas; ambos siguen aumentando prodigiosamente.

A largo plazo, me parece, debemos abogar por la legalización de las drogas narcóticas, cuyo consumo en últimas, como se ha demostrado ya en muchos estudios, es menos nocivo, tanto para la mayoría de los usuarios como para la sociedad en su conjunto, que el consumo legal del alcohol. A corto plazo, creo, tenemos que abogar por orientar la política antidroga norteamericana interna hacia la educación y la rehabilitación, y la externa hacia la sustitución de cultivos, que bien entendida conduciría a una reforma agraria fundamental en países como Colombia. Es cierto que la política antidroga norteamericana actual está vinculada —y en parte disfrazada— con una lógica histórica de control social, expansión económica y dominio estratégico militar. Pero esto sólo indica lo importante, radical y democrático de una política que apunte a reorientarla.

El otro campo de acción en el extranjero, que no necesita mucha elaboración en esta revista, es la defensa universal de los derechos humanos. Esto implica, como enfatizamos pre-

viamente, el repudio de quien los viole, sean gobiernos constituidos o sus aliados usuales (los paramilitares de derecha), o sean las fuerzas guerrilleras de izquierda. Por demasiado tiempo, muchos defensores de los derechos humanos, tanto en Colombia como en el exterior, enfocaron su actuación en los abusos cometidos por los gobiernos y sus aliados paramilitares. Dada la situación en Colombia, tal política puede llegar a ser, en efecto, proguerrillera. Pero su efecto fundamental es, irónicamente, legitimar y envalentonar a los paramilitares, que se proclaman defensores de los derechos humanos de personas agredidas por la guerrilla y que el Estado no logra proteger. Hoy en día hemos aprendido, colombianos y extranjeros, que tenemos que defender los derechos humanos de todos, repudiando su violación, venga de donde venga. Esta posición equitativa y honesta es, además, la que más induce a todos los actores armados a negociar.

No quisiera terminar estas reflexiones sin añadir mi voz al repudio general de los actos salvajes y cobardes que cegaron la vida de los profesores Betancourt y Bejarano. Tuve la suerte de conocerlos a ambos, y aprendí mucho de ellos. Chucho Bejarano tradujo y publicó, en su libro sobre perspectivas de historiadores norteamericanos sobre la historia colombiana, el primer artículo que escribí sobre la política que condujo a la Guerra de los Mil Días, y sus estudios sobre la economía de exportación formaron la base para mis propios esfuerzos por entender el rol de los trabajadores en la historia colombiana. En particular, cómo la experiencia de los pequeños productores cafeteros contribuyó a la debilidad histórica de la izquierda en el país. De los escritos de Betancourt aprendí mucho sobre los nexos entre la droga y la violencia, y siempre que venía al país él me invitaba a compartir ideas con los profesores y estudiantes de la Universidad Pedagógica. Cada uno, a su manera, contribuyó con su labor docente e investigativa a una mayor comprensión de la realidad actual del país. Como muchos lo han señalado, el asesinato de estos dos profesores, como la de otros académicos durante estos largos años de violencia en Colombia, atenta contra la idea de una universidad pluralista y democrática. Para nosotros, los vivos, nos quedan las enseñanzas de estos profesores. Y nos queda la lucha por preservar la universidad libre, cimentar la paz y construir sociedades más democráticas en las Américas. ■

* Historiador norteamericano.